

El Romancero en la ruta del Cid, 1900

Es en un contexto de menosprecio o desconocimiento de la tradición oral en el que se produjo el hallazgo del Romancero en Castilla.

El descubrimiento tuvo lugar en el curso del viaje de novios de Ramón Menéndez Pidal y María Goyri en la primavera de 1900.

Los recién casados procedían de mundos muy diversos.

Ramón Menéndez Pidal pertenece a una familia asturiana muy conservadora, de antiguos carlistas reconvertidos a la Restauración canovista. Ramón es protegido de Alejandro Pidal, que fue ministro y director de la Real Academia. Es alumno predilecto de Menéndez Pelayo, que se movía también en la órbita conservadora.

María Goyri, de origen vizcaíno, recibió solo los apellidos maternos, al ser hija «natural» o «ilegítima». Educada en instituciones liberales, como la «Asociación para la Enseñanza de la mujer», en la esfera de la Institución Libre de Enseñanza, y muy apreciada por Francisco Giner de los Ríos.

Ramón gana su cátedra en la Universidad de Madrid, en diciembre de 1899.

Ya con una posición profesional y económica resuelta, y pese a la inicial oposición familiar de los Pidal, se casan el 5 de mayo de 1900.

La elección del viaje de novios es singular. En vez de ir a París, a Roma o a Biarritz..., como era habitual en la burguesía española, dedican casi un mes completo a recorrer pueblos y aldeas en las provincias de Soria y Guadalajara.

¿Por qué esa elección?

La Real Academia Española había convocado un concurso para premiar la mejor obra dedicada al, «Texto, Gramática y Vocabulario del *Cantar de Mio Cid*». RMP gana el premio en 1895, pero no publica el libro, aunque el premio daba derecho a costear la publicación. Había habido en los años inmediatos aportaciones importantes, por parte de hispanistas europeos y americanos, y él mismo había revisado cuestiones de métrica, o profundizado en la relación del poema con las crónicas medievales. Sobre todo, deseaba precisar la geografía que se refleja en el cantar. Piensa Menéndez Pidal que en la geografía está la clave para saber de dónde era autor del poema y cuál era el dialecto en que se compuso.

En el poema se describen básicamente dos itinerarios: el del destierro del héroe y el que siguen los condes de Carrión y las hijas del Cid cuando viajan desde Valencia a Carrión y son maltratadas en el Robledal de Corpes, y el regreso luego de las hijas a Valencia.

Ambos itinerarios se cruzan en la actual provincia de Soria, y el poeta muestra conocer con todo detalle dos zonas, en las que se acumulan detalles de

toponimia menor y precisiones geográficas exactas. Esas áreas son la ribera del Duero entre San Esteba de Gormaz y Berlanga, por una parte, y Medinaceli y sus alrededores, hacia el Sureste, por otra.

El matrimonio emprende el viaje un día después de la boda, y tendrá como base Salinas de Medinaceli y Burgo de Osma para desde allí recorrer las dos áreas objeto de su exploración.

El viaje duró tres semanas, y conocemos con exactitud lo que hicieron los recién casados cada día, gracias a dos fuentes:

La primera son las cartas que María escribía a su Madre, Amalia Goyri, dándole cuenta de sus andanzas. Son ocho cartas, una cada tres días, espontáneas y vivaces donde María informa y comenta sobre los viajes, pero no solo sobre ellos.

La otra fuente son los informes que Menéndez Pidal consigna al publicar en 1908 por fin su gran obra sobre el Poema del Cid. Allí, en los apartados dedicados a la geografía del cantar, pone a contribución sus experiencias y hallazgos obtenidos sobre el terreno en mayo de 1900.

Espiguemos algunos párrafos de las cartas de María:

«Queridísima madre. Todo muy bien salvo que nos hemos equivocado al hacer el equipaje, poniendo ropa de verano, cuando nos hace falta la de invierno riguroso.

En Sigüenza hemos visto lo más notable de la catedral, acompañados por el magistral: Ayer. Aprovechando una clarita fuimos a Palazuelos, pueblo que está a una hora de Sigüenza. El viaje a la ida fue cabalgando en burra.

La fonda nos ha resultado muy bien, limpia y la gente agradable. Los polvos insecticidas no nos van a hacer falta, que bastante eficacia tiene el frío».

Ya desde Salinas de Medinaceli:

«Queridísima madre: Acabamos de llegar (siete de la tarde) de una magnífica expedición. Salimos por la mañana en mulas y fuimos a dormir a Maranchón, a seis leguas de aquí. Hoy hemos vuelto por otro camino, andando nueve leguas con un día delicioso y ahora estamos esperando la cena para acostarnos. Estamos muy satisfechos porque hemos encontrado la huella de las pisadas de Babiéca».

María se refiere, a las *empreintes*, huellas impresas en la roca, que en diversas partes de España se atribuían al caballo del Cid. Se alude muy posiblemente a las huellas que se localizan en Hinojosa, en el señorío de Molina, que menciona ya, con escepticismo, un cronista del s. XVI: «... *Otras cosas he oído yo decir a los viejos que no tienen tanta certeza, como es que en la cueva que hay en la Cabeza del Cid, enterró el Cid su caballo Babiéca, y otras señas que se muestran en una Peña, a donde dejó su herradura, las cuales cosas y otras semejantes que se cuentan del Cid, son sueños de gente*

ignorante y vulgar» (Francisco Núñez, 1596). Otras huellas de Babiaca en Guadalajara se sitúan más al sur, en Salmerón, en el paraje conocido como «Peña Herradura».



Peña Herradura o las huellas del caballo del Cid

<https://www.villadesalmeron.es/pena-herradura-o-las-huellas-del-caballo-del-cid/>

Comentarios más íntimos, sin relación con el Cid, figuran en la misma carta:

«Me parece mentira que pueda estar tan contenta separada de ti. ¿Es esto ingratitud? Creo que no lo tomarás como tal, porque no eres celosa y la separación es temporal y tu recuerdo me acompaña siempre. Además sé que es la mayor alegría para ti saber que Ramón es, si cabe, mejor de lo que habíamos supuesto; y no hay que olvidar que sus excelentes cualidades no son las que solo brillan a la luz de la luna que nos alumbraba».

Algunas jornadas del viaje fueron más de placer que de estudio. Fueron así a Santa María de Huerta, invitados por el Marqués de Cerralbo:

«Allí pasamos veinticuatro horas tratados a lo marqués. La casa es hermosa y los jardines deliciosos, lástima fue que la lluvia nos dejó disfrutarlos solo la noche que llegamos. Estaban verdaderamente encantadores a la luz de la Luna. Desde ellos oímos la serenata que nos vinieron a dar los mozos del pueblo, que acompañándose de guitarras y bandurrias nos cantaron varias coplas del tenor siguiente.

Los solteros de este pueblo,
con mucho gusto y agrado,
a Don Ramón y a su esposa
la serenata les damos».

Mayor lujo aún disfrutaron en el Monasterio de Piedra donde fueron al día siguiente. El monasterio era ya entonces un apreciado destino «turístico»:

«Ha querido Ramón traerme a ver esta delicia y aquí nos tienes desde anoche, alojados en una celda que consta de una especie de recibimiento, una sala donde las camas no ocupan ni la cuarta parte, otro cuarto más pequeño para tocados y una galería en la que se pueden dar paseos».



María Goyri en el Monasterio de Piedra. Fotografía de R. Menéndez Pidal

Ya desde el Burgo de Osma escribe el 18-V, comentando la compasión que inspiraban sus caminatas:

«Tenemos revuelto todo el cabildo, pues se desviven por facilitarnos todo, así es que nos resulta muy agradable. A mí me tienen mucha lástima, sobre todo por un paseo que dimos ayer hasta Navapalos, un pueblecillo que está a dos leguas de aquí a orillas del Duero. Dice Ramón que me va a tener que dejar en casa porque de lo contrario van a acabar por meterle en la cárcel».

Pero, según carta del propio Ramón a Amalia, María sobrellevaba bien las penalidades de los caminos y las inclemencias del tiempo:

«Estamos muy de prisa, lo uno porque el frío es endemoniado y necesitamos tomar algo el sol para no helarnos, y lo otro que vamos a visitar la Catedral de este pueblo (adonde hemos llegado anoche) y a disponer otra gran excursión por las orillas del Duero.

María resulta gran cabalgadora y esto nos facilita la tarea de tragarnos el mayor número posible de kilómetros. Solo el tiempo nos contraría, que no acaba de estar bueno; no crea V. que ahora nos aterrorizan las intemperies cuando antes no dábamos por ellas un comino, que ya hemos hecho nuestro camino con granizo y truenos, pero más agradable es el buen tiempo».



Montes de Luzón (Guadalajara), en la ruta del Cid. 1900.

En otra carta de María:

«Nosotros seguimos danzando de un lado para otro. En Berlanga nos fue muy bien, encontramos todo lo que buscamos en un día y nos volvimos a este pueblo».

Y en la última:

«Hemos variado de itinerario: en lugar de irnos de aquí a Atienza, nos iremos el lunes a Langa y desde allí no sé a dónde nos tiraremos, pues tenemos empeño en que parezca el robledo de Corpes y por aquí nadie sabe darnos razón».

Por su parte, en nuestra segunda fuente documental sobre el viaje, Menéndez Pidal aprovecha y registra en su magna obra cidiana informes como estos:

«Entre los pueblos de Ines y Olmillos hay, según me dicen, restos de un puente en el Duero, del cual sacaron muchos sillares para las casas de Olmillos. Yo solo visité el trozo de calzada que corta el camino de Alcubilla a Navapalos, pero me aseguraron que se prolongaba hasta Osma, «hacia la Atalaya, pasando por la Pedriza de Osma».

«En parte se aprovecha ahora esta vieja calzada para servidumbre... y los labradores del país cuentan que jamás la recomponen, como hacen con los otros caminos vecinales, y jamás se rehunde».

«Por toda esta comarca no he podido hallar término alguno con los nombres de Corpes o Griza, aunque lo busqué con diligencia».

«La tradición que oí en Castillejo de Robledo confirma esta, refiriendo que las hijas del Cid fueron abandonadas en El Páramo, término del vecino pueblo de Maderuelo, en la raya de Segovia con Soria: ese páramo era antes gran monte, pues al romper algunas tierras allí, se sacaron gruesas raíces de árboles».

«... Opinión de ancianos de Castillejo, que, conocedores del terreno, suponen también que existió al Sur el robledo de la leyenda».

«El camino viejo de Luzón a Molina iba a la derecha de la carretera actual, y atravesaba, según los ancianos, un robledal cerca del pueblo y luego dilatados pinares; hoy el robledal ha desaparecido y el pinar se ha retirado, [pinar que por ser antes] muy espeso era famosa guarida de ladrones. Hacia Luzón el arbolado falta casi por completo y no hay rastro de aquellas “montañas fieras e grandes”, que el juglar conocía».

En alguna ocasión, en anotaciones manuscritas no incluidas en el libro, transcribe literalmente las preguntas que hacía y las respuestas que obtenía:

«Es increíble la dificultad de interrogar. En el Duero de San Esteban a Berlanga existió en tiempo del Cid un pueblo llamado Alcoceba. Era uno de mis objetivos al recorrer las orillas del río encontrarlo.

—¿No conoce Usted algún término, despoblado o heredad que se llame Alcoceba?

—No, señor, por aquí no. Mire usted no sea Gormaz.
Era la respuesta obligada de todos».

«—¿No cuentan por aquí los viejos algo del Cid Campeador, que dicen que pasó por aquí...?»

—Pues por aquí no ha debido ser, señor. Yo nunca le he oído nombrar ni le he conocido, y soy el más viejo».

El «hallazgo» del Romancero fue casual. En primer lugar, los viajeros no iban en su busca, centrados como estaban en la geografía del cantar de gesta. Y, por otra parte, se suponía que el Romancero no existía ya en Castilla. En el mismo 1900 publicaba Menéndez Pelayo una edición y un estudio de conjunto sobre los

romances, y se lamentaba: «El Romancero al parecer ha desaparecido casi completamente en las regiones centrales de la Península, en las provincias que por antonomasia llamamos castellanas», en contraste con la abundancia de versiones recogidas en Cataluña, Portugal, entre los Sefardíes, o en Asturias. Sin embargo, el desmentido a ese desahucio no se hizo esperar, según rememoraba Menéndez Pidal en párrafos varias veces reproducidos:

«Pero el mismo año 1900 en que Menéndez Pelayo escribía el arriba transcrito desahucio de Castilla, empezó a manifestarse en ella la vida de los romances orales. Y aquí me será permitido reiterar algunos recuerdos de vejez, oportunos para dar a entender el estadio latente en que la tradición vive.

En mayo de 1900 hacía yo una excursión por ciertos valles del Duero para estudiar la topografía del Cantar de Mío Cid, y acababa la indagación en Osma, deteniéndome allí un día más para presenciar el muy notable eclipse solar del día 28, ocurriéndosele a mi mujer (era aquel nuestro viaje de recién casados) recitar el romance de la *Boda estorbada* a una lavandera con quien conversábamos. La buena mujer nos dijo que lo sabía ella también, con otros muchos que eran el repertorio de su canto acompañado del batir la ropa en el río; y enseguida, complaciente, se puso a cantarnos uno, con una voz dulce y una tonada que a nuestros oídos era tan «apacible y agradable» como aquellas que oía el gran historiador Mariana en los romances del Cerco de Zamora. El romance que aquella lavandera cantaba nos era desconocido, por eso más atrayente:

Voces corren, voces corren, voces corren por España
que don Juan el caballero está malito en la cama...

y a medida que avanzaba el canto, mi mujer creía reconocer en él un relato histórico, un eco lejano de aquel «dolor, tribulación y desventura» que, al decir de los cronistas, causó en toda España la muerte del príncipe don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, porque esa muerte ensombrecía los destinos de la nación.

En efecto, estudiado después, aquel era un romance del siglo XV, desconocido a todas las colecciones antiguas y modernas. Era preciso, en las pocas horas que nos quedaban de estancia en Osma, copiar aquel y otros romances, primer tributo que Castilla pagaba al romancero tradicional de hoy día; era necesario también anotar aquella música, evitando el defectuoso sistema de recoger solo la letra. Y buscando al Maestro de Capilla de la Catedral, haciendo a la bondadosa lavandera repetir y repetir sus cantos, se nos pasaron las horas, sin tiempo apenas para contemplar el gran eclipse solar que entonces ocurría, y que habiéndonos retenido en aquella vieja ciudad, ya poco significaba para nosotros ante el sol de la tradición castellana que allí alboreaba tras una noche de tres siglos.

Nuestra buena cantora de romances los había aprendido de niña en su pueblo de la provincia de Burgos, La Sequera cerca de Aranda de Duero.

La exactitud con que aquel romance de la Muerte del Príncipe don Juan conservaba las circunstancias históricas del suceso, era sorprendente; era fidelísima sobre todo en el nombre del doctor de la Parra, de quien se comprueba documentalmente que asistió al Príncipe en su última enfermedad en Salamanca, médico muy válido entonces, pero después ignorado de todos. Aquel romance nuevamente descubierto hablaba muy alto a favor de la fidelidad con que la tradición romancística se conservaba en aquel corazón de Castilla, donde se creía totalmente decaído el antiguo espíritu épico».

La esposa al ver esto hacia atrás se desmayaba:
Ni con agua, ni con vino no pueden resucitarla.
Sacan un niño del vientre como un rollito de plata,
Lo le llevan a su padre q^e la bendición le echara.
La bendición de Dios Padre, la de Dios Hijo te caiga.
(Todos mueren en una hora, todos mueren en un día
Todos se van a parar con Dios y Santa María
sic repetidas veces)

(Burgos)
La Sequera a dos leguas de Aranda de Duero
recitada en el Burgo de Osma por una mujer de
40 años, que lo había aprendido a los 8.
Mayo 1900.

A10 026 0378 01

Voces corren, voces corren, voces corren por España,
 que don Juan el caballero está malito en la cama.
 Le asisten cinco doctores, de los mejores de España;
 uno le mira los pies, otro le mira la cara;
 y otro le coge la sangre, que de su cuerpo derrama.
 Otro le dice a Don Juan: —El mal que tenís no es nada.—
 Toavía tié que venir aquel doctor de la Parra.
 Estando en estas razones, cuando allí se presentaba;
 sube la escalera arriba, camina para la sala,
 adonde el enfermo estaba.
 Ya se ha hincado de rodillas, el pulso ya le tomaba.
 —Mucho mal tenís, don Juan, mucho mal os acompaña,
 tres horas tenís de vida, hora y media va pasada;
 otra hora y media tenís, para disponer de tu alma.
 —No siento más que mi esposa, que es niña y está ocupada.—
 Estando en estas razones cuando allí se presentaba.
 —¿De dónde vienes, esposita?
 —Vengo de San Salvador, de rogar a Dios por tu alma,
 si el Señor me lo concede, te levantes de la cama.
 —Sí que me levantarán, el lunes por la mañana,
 y en un altarión de pino, y entre sábanas y hulandas.
 Me llevarán pa' la iglesia, mucha gente me acompaña,
 y tú ya te quedarás muy triste y desconsolada.
 La esposa, al oír esto, hacia atrás se desmayaba;
 ni con agua, ni con vino, no pueden resucitarla.
 Sacan un niño del vientre, como un rollito de plata;
 se le llevan a su padre, que la bendición le echara:
 —La bendición de Dios Padre, la de Dios hijo te caiga,
 Todos mueren en una hora, todos mueren en un día,
 todos se van a gozar con Dios y Santa María.

María Goyri publicaría años después, en 1904, un estudio sobre el romance, incluyendo otras versiones de Castilla, Portugal y Asturias, donde volvía a destacar la sorprendente «historicidad» del poema popular (y en especial la mención del doctor de la Parra, bien conocido por fuentes documentales coetáneas). Los Menéndez Pidal enfatizaban con razón el valor del Romancero como «memoria» fiel de un suceso del pasado lejano, la muerte del heredero de los Reyes Católicos en 1497. Ello no entra en contradicción con que, a la vez, los

romances hayan perdurado y se hayan transmitido por ser una eficaz racionalización de situaciones y conflictos reales del presente de quienes los recuerdan y cantan. El Romancero es, simultáneamente, poesía histórica y poesía contemporánea. Varias versiones de «La muerte del príncipe don Juan», que hoy se conocen por centenares, se centran más que en la enfermedad final de un personaje que ya no es príncipe ni se llama Juan, en las circunstancias de desamparo en que queda una mujer, «viuda sin ser casada», una vez que muere el hombre con quien no está legalmente casada:

[...]

—Vengo de Santo Domingo, de rezar misa del alba,

de rogar a Dios por ti, te levantes de esa cama.

—Sí me levantaré, sí, el viernes por la mañana,

con los pies amarillitos, y la cara amortajada,

y tú, cubierta de luto, te hallarás desconsolada.

Te irás para la iglesia, te volverás a tu casa.

Hallarás las puertas tristes, te hallarás desconsolada,

con la justicia a la puerta, pidiéndote las fianzas.—

[...]

Los Menéndez Pidal en los años inmediatos, 1904-1905, con base en El Paular, harán encuestas en la sierra de Madrid y en Segovia, en los partidos de Riaza y Sepúlveda, obteniendo casi 150 versiones de romances, y comprobando así que «en las regiones centrales de la Península, en las provincias que por antonomasia llamamos castellanas» el Romancero distaba mucho de haberse extinguido. La amplitud del campo, y la urgencia de la tarea, sin embargo, les llevó a la convicción de que no bastaban sus pesquisas individuales. Sería necesaria recurrir a toda una red de colaboradores que explorasen y registrasen la presencia del Romancero en todo el mundo hispánico. María Goyri preparó el terreno elaborando y publicando en fecha temprana (1906-1907) una lista ejemplificada de *Romances que deben buscarse en la tradición oral* que ha servido como manual de encuesta a varias generaciones de «buscadores» de romances.

Se constituyó así la base del Archivo del Romancero, para la que se contó con la colaboración tanto de escritores ilustres (Unamuno, Gabriel y Galán...), como de oscuros maestros o «eruditos» locales, y de musicólogos, folcloristas, etnógrafos, dialectólogos, rabinos sefardíes..., que aportaron los miles de textos romancísticos que hoy se conocen.